

¿REQUIEM POR LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA?

Cuando L'Humanité dice que la Carta Apostólica de Pablo VI Octogesima Adveniens supone un «lenguaje nuevo» en la Iglesia, no se refiere al estilo exterior, sino a algo mucho más profundo: al lenguaje como expresión radical de la actitud vital humana, en un sentido muy parecido al que le dio el filósofo Heidegger.

En ella encontramos dos características fundamentales: el dinamismo de su postura y la invitación clara a la responsabilización de los cristianos. «La reflexión moral ya no se fija en un dato inmóvil, como se paralizó a veces la enseñanza social católica...; es una actitud dinámica lo que el Papa nos propone» (Padre L. Guissard. *La Croix*). Además, el Papa «provoca a los cristianos a que tomen sus propias responsabilidades en el mundo, más que a disputar acerca de anticuadas concepciones» (Idem).

Si la Iglesia toda —como espero y deseo— reflexiona seriamente sobre este documento, ha de adoptar una nueva actitud no dominadora que nunca aboque a un clericalismo de derechas o de izquierdas. Somos los cristianos, como individuos o como grupo, los que tenemos que ser responsables en la búsqueda de soluciones a los problemas de nuestro mundo actual (políticos, sociales, económicos, culturales), de acuerdo con la ciencia actual y no con recetas moralizantes desplazadas.

El Padre Chenu, hace ya muchos años, hablando de la cuestión social, decía muy claramente que los problemas de nuestra sociedad «no podrán resolverse por medio de unas virtudes morales»; desgraciadamente, nuestra doctrina social católica «se había limitado a la tesis de la moderación del provecho o beneficio, y la insuficiente crítica que hacía del capitalismo no le permitía salir del atasco al mundo». Por eso, hora es de que quede bien claro, en la enseñanza de la Iglesia, la imposibilidad de establecer esa doctrina social católica sistemática que engañó a unos creyendo que era la solución de los problemas sociales porque aportaría soluciones, y a otros porque, equivocadamente, creyeron que sólo con buenas palabras morales se resolvían aquéllos.

Al reconocer ahora esta carencia en su doctrina, «la Iglesia católica hace prueba de una nueva humildad» (H. Caro. *Revista católica Pèlerin du 20^e Siècle*).

Ante estas reflexiones que se desprenden de este documento pontificio, debemos volvernos a preguntar qué es lo que el cristianismo aportó al mundo y, por tanto, qué es lo que actualmente puede esperar el mundo de él.

Sin duda, no podemos esperar una satisfactoria doctrina social que pueda resolver los problemas de la sociedad; como tampoco podemos esperar un paternalismo dominador por parte de nadie. Lo único que podemos confiar obtener es un mayor apoyo moral y público por parte del episcopado en nuestras decisiones sociales responsables, como acaba de decir Monseñor Maziers, Arzobispo de Burdeos, en la Asamblea de la Acción Católica Obrera de Francia. Si no puede ejercerse un clericalismo en la Iglesia, tampoco pueden los obispos abandonar su responsabilización en nuestras preocupaciones sociales: «los obispos no pueden ser los espectadores de la acción de los cristianos» (Monseñor Maziers). Lo que tienen que ser «son los compañeros de camino» de nuestra acción social, alentándonos y defendiéndonos de cualquier otro grupo cristiano o no-cristiano que pretenda impedir nuestra sincera acción. Si existe un «pluralismo legítimo» de opciones temporales (sociales, políticas, económicas...) todo cristiano tiene que respetar ese pluralismo, sin hacerse detentador de la única solución y de la única postura, y la jerarquía debe defender esta convivencia plural, impidiendo que sea a hoga da por el particularismo de nadie.

Así es como se conseguirá «inventar formas de democracia moderna» —como pide Pablo VI— que estén a nivel de los graves problemas que presenta un mundo tecnificado y automatizado, en manos preferentemente de grupos de presión mundiales

que defienden sus incalculables intereses particulares y egoístas.

Si el aporte del cristianismo al mundo no es el de una doctrina hecha, ni el de soluciones a modo de recetas, tiene, sin embargo, una misión importante, como la tuvo al principio de su historia. Fomentó —y debe fomentar ahora— unos valores humanos que rompieron la estructura de la antigua sociedad, si bien muchos cristianos se encargaron de hacer ineficaz esta ruptura primitiva, a través de los casi veinte siglos de su historia.

Como dice Pablo VI, a propósito de la Revolución Francesa: «Había ideas vivas y coincidencias con los grandes principios de la Revolución, que no había hecho otra cosa que apropiarse de algunos conceptos cristianos: la fraternidad, la libertad, la igualdad, el progreso y el deseo de levantar a las clases necesitadas» (Discurso, 1 septiembre 1963).

Algunos creerán que esta frase es uno de tantos oportunistas que de hecho han podido existir en la historia de las palabras eclesiológicas; pero se equivocan radicalmente quienes así piensan, porque pensadores, historiadores y sociólogos no-creyentes que han estudiado a fondo el primitivo cristianismo reconocieron que esos valores fueron los que aportó al mundo grecorromano de entonces, produciendo el comienzo de ruptura que nuestra civilización actual está desarrollando, tras casi veinte siglos de trágica ceguera de muchos creyentes para los valores humanos que aportaba su propia creencia.

Son Marx, Engels y Lenin precisamente quienes reconocieron el «fondo humano» del cristianismo, así como la fuerza transformadora de las estructuras injustas que poseía este primitivo cristianismo. Lo primero lo señaló Marx ya en 1844, en *La Cuestión Judía*, y Lenin, en el tomo XXV de sus obras, habla de «el espíritu revolucionario democrático del cristianismo primitivo».

Actualmente son dos marxistas, R. Garaudy —sobre todo en su obra *Marxismo del siglo XX*— y G. Mury, quienes —desde dos puntos de vista diferentes— afirman una cosa muy parecida en sus estudios del cristianismo del primer siglo. La estática y resignada concepción cíclica del mundo helénico empezó a superarse con el advenimiento del cristianismo, según Garaudy, y Mury, en su libro *Cristianismo Primitivo y Mundo Moderno*, dice que «el aporte del cristianismo a la cultura ha sido una verdadera reorientación de la perspectiva histórica», realzando el valor del individuo en la organización social y desmitificando la religión pagana, que alienaba al hombre. Como concluía Maurice Thorez en 1937: «el cristianismo tiene un papel progresista».

Sin duda, estas afirmaciones extrañarán a algunos porque la confusa historia de los cristianos no ha representado este claro papel que pudo tener el cristianismo si los creyentes hubiesen sido más coherentes con la vida nueva que les descubría su creencia. Pero la realidad germinal del cristianismo está ahí, a pesar de la dignidad de los cristianos, como también lo afirmaron en el siglo pasado pensadores no-católicos, como los filósofos de la historia Guizot y Hegel, o el historiador de la Ciudad Antigua, Fustel de Coulanges.

Lo que pretende la Iglesia actual es olvidarse de recetas autoritarias, y quiera fomentar los valores de libertad, progreso, igualdad, fraternidad y desarrollo social humano, para que los seglares seamos los autores responsables de la construcción de un nuevo mundo alentados por la jerarquía, pero no dominados, ni condenados, ni abandonados por ella.

Bien está el «réquiem», implícito en la actitud del Papa, aunque no en todas sus palabras, por la doctrina social católica, para que podamos acceder de una vez a una fase de mayoría de edad, en la que propugnemos —creyentes y no-creyentes— una «doctrina social», sin más apelativos que el de ser científica, tanto en el análisis de la realidad como en las soluciones que aporte. Eso es lo que pretende Pablo VI al sustituir la palabra «doctrina» por otra más flexible y modesta: «enseñanza social de la Iglesia».

MIRRETT MAGDALENA